
El Empirismo y la justificación del conocimiento: un análisis de nuestra esencia de vidrio

Bruno Gabriel Muntaabski / Universidad de Buenos Aires

> Resumen

En el capítulo tercero de *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza*, Rorty argumenta que la constitución histórico-filosófica de la mente como una esencia de vidrio que debía reflejar con precisión la naturaleza fue en parte posible debido a la afirmación del empirismo clásico de que los portadores de conocimiento son las ideas de nuestra mente. La filosofía de Locke sería, en este análisis, la que cometió la confusión de adscribir verdad o falsedad a las ideas mismas, en lugar de a las proposiciones sobre las que se forman los juicios. Empero, es opinión de este trabajo que tal tesis, aun cuando correcta en el marco general, no da cuenta de elementos esenciales del pensamiento de Locke que impulsaron la constitución del Espejo de la Naturaleza. Así, se propone un análisis de la noción de 'idea' tal como fue articulada por Locke a partir de los elementos que le fueron heredados en torno al problema del conocimiento. En el mismo, se pondrá especial énfasis en las tesis que este autor postula acerca de la relación entre *ideas* y *proposiciones* como vehículos de conocimiento. La finalidad de este análisis será explicitar tanto los elementos con los que Locke articuló su explicación del origen y justificación del conocimiento, como la necesidad histórica que impulsó tal explicación.

» *Palabras clave: Conocimiento, esencia de vidrio, ideas, proposiciones, verdad.*

Empiricism and the justification of knowledge: an analysis of our glass essence

> Abstract

In his *Philosophy and the Mirror of Nature*, Richard Rorty argues that the historical-philosophical constitution of the *mind* as a glass essence which should reflect with precision nature was in part possible due to the classical empiricism thesis that the correct knowledge bearers are the ideas of said mind. Locke's philosophy would be, in this analysis, the one responsible for the confusion of ascribing truth of falsehood to ideas itself, instead of ascribing it to the propositions with which judgments are made. However, is thesis of this work that, even when correct in its general point about empiricism, said analysis doesn't take under consideration certain key elements of Locke's thought which promote the constitution of the Mirror of Nature. In this line, this work presents a complementary analysis of the notion of 'idea' as it was articulated by Locke by means of the philosophical elements related to the problem of knowledge that he inherited. It will be consider with special emphasis the relationship that this author proposes between

ideas and *propositions* as vehicles of knowledge. The purpose of this analysis will be to give an account of the elements with which Locke was able to articulate his explanation of the origin and justification of knowledge, as of the historical necessity that influenced that explanation.

» *Keywords: Knowledge, glass essence, ideas, propositions, truth.*

> |

En el nacimiento de la filosofía moderna es posible encontrar como central la pregunta por la naturaleza y el alcance del conocimiento humano. Históricamente, esta pregunta adquirió mayor relevancia debido a los hechos políticos, sociales y académicos que Europa occidental experimentó durante todo el siglo XV y comienzos del XVI. El resurgimiento del escepticismo antiguo, la nueva ciencia de la naturaleza y el cisma que presentó el nacimiento del protestantismo constituyen algunos de los más relevantes hechos culturales que marcaron al pensamiento humano inmediatamente posterior. No fue sólo una reacción contra ideas previamente establecidas, ni un progreso lineal del conocimiento acerca de los fenómenos naturales, sino que aquellos eventos reestructuraron las prácticas mismas sobre las que se entendían, por ejemplo, la investigación científica o la devoción religiosa. Estos cambios obligaron al pensamiento filosófico, entre otros, a redefinir su tarea, a la par que el objetivo que debía buscar.

Es en este sentido que Rorty presenta el comienzo de la modernidad para la filosofía como la aparición de una nueva necesidad y de una respuesta paradigmática a ella. Lo que pasó a caracterizar al pensamiento filosófico a partir de Descartes fue la búsqueda de la certeza definitiva, como piedra de toque que fundamentaría todo conocimiento ulterior, garantizando la legitimidad de la ciencia en paulatino desarrollo. Según este autor, sin embargo, la forma que toma este nuevo objetivo sólo podrá concretarse con la obra del empirista inglés, John Locke. En su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Locke concibe el proyecto de fundamentación del conocimiento en términos de una investigación acerca del origen de nuestras ideas, así como del mecanismo interno que las articula, dándole forma a nuestro conocimiento.

Para Rorty esta idea de una investigación del conocimiento humano que estudie los mecanismos que lo producen sienta las bases para el marco conceptual que él llamó el Espejo de la Naturaleza. Según esta concepción del fenómeno cognitivo, “conocer” no es otra cosa que ser capaz de *reflejar* aquello externo al sujeto que conoce. Y esta capacidad es lo que determina la racionalidad humana, en la medida en que el compartir ciertas representaciones privilegiadas sería lo único que permitiría la ciencia como empresa colectiva. Así, la realidad se divide en el dualismo de un sujeto ahistórico, cuya privilegiada función es retratar los cimientos últimos de la naturaleza y esa misma naturaleza última concebida como inmutable, constituida por esencias que pueden ser descubiertas en tanto se las refleje con propiedad. La actividad científica toda vendría a reducirse a la obtención de aquellas representaciones privilegiadas que el humano es capaz de obtener, en tanto ellas corresponden con la realidad. Y la filosofía se reduciría, asimismo, al proyecto de fundamentación de todo conocimiento, al cual Rorty da el nombre de ‘epistemología’.

El lugar de la filosofía de Locke en la conformación de este proyecto es central, en tanto ella le provee de una concepción general de lo que significa *investigar el conocimiento*. Es a partir de la investigación lockeana sobre el origen y posterior articulación de nuestras ideas como vehículos del conocimiento, que el proyecto epistemológico adquiere sus rasgos principales. Encontrar las representaciones indicadas que reflejen correctamente la realidad se traduce así en estudiar el tipo de entidad que surge en nuestra mente por el contacto con el mundo exterior y cómo aquellas se relacionan con éste. Pero este aporte lockeano no puede entenderse sin un elemento característico, precisamente aquel que Rorty critica como la confusión central del empirismo. Para este autor, siguiendo a Sellars, existe una distinción clara entre pensar el conocimiento como el tener una creencia justificada acerca de una proposición (lo que él llama “conocimiento de *que*”) y pensarlo como el *tener* ante uno ciertas entidades que se relacionan de manera distintiva con lo que se quiere conocer (“conocimiento de”). Locke, y el empirismo como teoría del conocimiento en general, habría afirmado la preeminencia del segundo de ellos. Por ello concibe que todo conocimiento debe basarse en la relación del sujeto con un cierto tipo de entidad privilegiada. Y debido a las condiciones históricas del siglo XVII, como se verá más adelante, este rol sólo podía ser cumplido por las *ideas* ante la mente, en tanto representaciones causalmente ligadas con la naturaleza.

En este sentido, Locke sería responsable tanto de establecer que las ideas sean el vehículo de conocimiento por excelencia, como de introducir en el pensamiento filosófico la idea de una investigación de la facultad de conocer que indague el origen y alcance de nuestras ideas, asimilando tal indagación a una justificación de nuestra pretensión de conocimiento. En palabras de Rorty,

¿Por qué llegó a pensar [Locke] que una explicación causal de cómo se llega a tener una creencia debía ser índice de la justificación que se tiene de esa creencia? [...] Esto se debía a que no pensaban [los escritores del siglo XVII] en el conocimiento como si fuera una relación entre una persona y una proposición. Para nosotros resulta natural pensar en ‘lo que sabe S’ como reunión de proposiciones que completan las afirmaciones verdaderas de S que comiencen ‘Yo sé que...’. [...] Pero Locke no pensó que el ‘conocimiento de que’ fuera la forma primaria de conocimiento. Creía, como Aristóteles, que el ‘conocimiento de’ era anterior al ‘conocimiento de que’, y, por lo tanto, que el conocimiento era una relación entre personas y *objetos* más que entre personas y proposiciones (1995, pág. 136, subrayado mío).

Estudiar el conocimiento se convierte así en investigación del Entendimiento, en tanto éste se relaciona inmediatamente con un tipo de objeto o entidad que es fuente del conocimiento. Es a partir del hecho de que Locke sostuvo esta postura que se puede entender que él llame verdaderas o falsas a las ideas mismas, en tanto son ellas lo que el sujeto conoce, señala Rorty. Y desde este punto de partida no es difícil entender, sostiene este autor, cómo la modernidad concluyó que la justificación de todo conocimiento debía provenir del estudio del origen causal de la *entidad* que es vehículo del conocimiento, en especial cuando ese origen remite a la entidad con aquello mismo que se quiere conocer, la naturaleza.

Empero, es postura de este trabajo que el análisis de Rorty, aun cuando acertado respecto de su caracterización del empirismo en torno al conocimiento, descuida un punto central de la

concepción de Locke acerca de la justificación del conocimiento. Para Rorty, en el pasaje citado, el problema del empirismo es no haber tenido en cuenta que la prioridad epistémica se encuentra en la relación entre un sujeto y una proposición. Esta afirmación, sin embargo, pasa por alto el hecho de que Locke desarrolló explícitamente el problema de la relación entre las ideas y las proposiciones. Asimismo, no profundiza en las razones filosóficas de Locke para sostener la prioridad epistémica de unas por sobre las otras, postura que es defendida por Locke en el libro segundo de su *Ensayo*.

En vistas de la pertinencia de las reflexiones de Locke para entender con mayor precisión las tesis rortyanas en torno a lo que significa que la mente moderna se construyó como un espejo de la naturaleza, en lo que sigue este trabajo se propone desarrollar los elementos que Locke heredó de la tradición escéptica y cartesiana (sección II), para luego describir la articulación que les dio, mostrando hasta qué punto su filosofía constituye la maduración teórica del Espejo de la Naturaleza (sección III). Este desarrollo, en suma, permitirá que puedan analizarse los argumentos de fondo que este autor propone para defender la consecución de un marco epistemológico que dé prioridad al “conocimiento de”, entendido como representaciones mentales del exterior (las *ideas*), por sobre el “conocimiento de que”, entendido como la creencia justificada en un juicio expresado en proposiciones (sección IV). Este modelo, asimismo, es el que asimiló la justificación de un conocimiento con su origen causal, dándole un rumbo fijo al pensamiento filosófico posterior. Se pretende con este análisis poder contribuir tanto a una mejor comprensión de los fundamentos teóricos que impulsaron las reflexiones epistemológicas de la modernidad, como a desarrollar las bases conceptuales del Espejo de la Naturaleza, en la línea histórico-conceptual comenzada por Rorty.

> ||

Con vistas a comprender cómo Locke articuló el proyecto epistemológico que dominaría el imaginario filosófico de la posteridad, es necesario atender a la herencia intelectual que le proveyó de los elementos que luego él reestructuraría en su novedosa concepción del entendimiento humano y sus ideas. En particular, encontramos que dos tradiciones filosóficas cumplieron este papel para el empirismo del siglo XVII, el escepticismo moderno y la filosofía de Descartes. Se analizarán a continuación los elementos de ambos que presentaron mayor relevancia para el pensamiento de Locke, de tal forma de exponer cómo la conjunción de ellos, y no separadamente, permitió a este filósofo concebir el tipo de estudio epistemológico propio de la filosofía moderna.

Considerando primeramente al escepticismo moderno, la influencia que este presentó para el pensamiento moderno se debe principalmente a las circunstancias en que se originó durante el siglo XVI. Este surgimiento se debió a dos factores distintos: por un lado, la recuperación y traducción de distintas obras escépticas de la antigüedad, en particular la de Sexto empírico, en un momento en el que el renacimiento europeo pretendía apropiarse del conocimiento que el mundo griego y latino les había legado; por otro, la crisis espiritual y cultural producto de la Reforma, con las subsecuentes disputas de índole religiosa que le siguieron. El escepticismo

presente en los siglos XVI y XVII no puede comprenderse desligado de estos factores. Hasta el descubrimiento y publicación en 1562 de la *Hipotiposis pirrónicas* de Sexto empírico, la influencia del escepticismo se limitaba a la poca recepción, entre el XV y el XVI, de las obras escépticas de Cicerón y los relatos de esta corriente filosófica por parte de Diógenes Laercio¹. Pero, asimismo, la enorme resonancia que tuvieron las dudas escépticas de Sexto en la filosofía moderna no puede explicarse separada de la controversia religiosa suscitada por Lutero y el movimiento reformista.

En este punto es importante separar, siguiendo a Popkin, entre dos tipos de escepticismos modernos: el academicista y el pirrónico. Si el primero se caracteriza por su anti-intelectualismo y su crítica al uso de la razón por sobre la fe, afirmando para ello la tesis de que nada es conocido; el segundo está marcado por su negativa a sostener tesis alguna, presentando sólo argumentos en contra de cualquier tipo de conocimiento y suspendiendo el juicio. El escepticismo académico fue sostenido por autores como Erasmo, Agrippa o Bañ, y tendió a concluir en tesis fideístas, en tanto para esta postura sólo la fe religiosa tal como es transmitida por la iglesia puede otorgar estabilidad frente a una razón que se desmorona ante la duda.² Por su parte, el pirronismo fue incentivado principalmente por la difusión del pensamiento de Sexto por Montaigne en sus *Ensayos*,³ y constituyó una preocupación no sólo teológica sino propiamente filosófica, en tanto sus argumentos presentaron un desafío racional para cualquier intento de afirmar la posibilidad de un conocimiento verdadero.

Es este último escepticismo el que brindó tanto los problemas conceptuales como el vocabulario técnico que implicó, para Descartes y Locke, la necesidad de fundar el conocimiento. En este sentido, aun cuando se acepte que Montaigne tuviera como finalidad la defensa de tesis fideístas por medio de su pirronismo (tal como Popkin sugiere), el modo en que propuso su escepticismo pudo ser recepcionado con independencia del debate en torno a la Reforma. El problema escéptico, tal como lo ven los pensadores de la modernidad, es un problema general sobre todo conocimiento, que afecta a los desarrollos de la mecánica galileana no menos que al conocimiento de las Sagradas Escrituras. Pero para comprender cuál fue la recepción peculiar que tuvo Locke del escepticismo, primero hay que precisar cuál fue el aporte filosófico que presentó el pirronismo para el problema del conocimiento; y segundo, analizar cómo Descartes retomó este problema y qué soluciones propuso. Así, el empirismo lockeano se presentará, en la sección siguiente, como el intento filosófico de responderle al escéptico construyendo un marco epistemológico a partir de la reestructuración de conceptos y tesis cartesianas.

La importancia central que el escepticismo pirrónico les presentó a los pensadores posteriores se basó en la cantidad y diversidad de nuevos argumentos en contra tanto del conocimiento racional como de aquel provisto por los sentidos, recuperados de las obras de Sexto empírico. Allí podemos encontrar las críticas escépticas que retomará Descartes posteriormente en la primera

1 Véase Popkin (1983), especialmente el capítulo 1. Es relevante notar que Rorty leyó este trabajo de Popkin, y lo cita como defensa de su tesis de que el pirronismo moderno debe diferenciarse de otros tipos de escepticismos, los cuales tuvieron escasa influencia en el pensamiento filosófico moderno. A su vez, Rorty defiende la tesis de que el problema que el pirronismo moderno le planteó a Descartes fue la relación entre el espacio interior y un mundo externo constantemente en duda. Sobre esto, véase Rorty (1995), pág. 134-135, con énfasis en la cita a Popkin en la nota a pie número 14 de ese capítulo; e *infra*, el desarrollo del problema de la "aparición ilusoria" en la presente sección del trabajo.

2 Ídem, cap. 2.

3 Michel de Montaigne, *Ensayos Completos*, Editorial Orbis, 1984.

de sus meditaciones metafísicas.⁴ De entre todos estos argumentos, la recuperación de la crítica al conocimiento sensible fue particularmente relevante para la conformación del pensamiento tanto de Descartes como del empirismo. Esta crítica puede ser precisada a partir de un problema específico que ella le presenta a este tipo de conocimiento, a saber, el de la *apariencia ilusoria*. Este problema es desarrollado por Montaigne a partir de distintos argumentos, sea el de las ilusiones ópticas, la incapacidad de diferenciar sueño de vigilia, o la variación en la percepción de distintas personas en mismas condiciones. Pero lo que todos ellos tienen en común, aquello que permite que estas experiencias cotidianas presenten una dificultad propiamente *epistémica*, es el supuesto de que al objeto real que el conocimiento busca captar se le puede oponer otro tipo de entidad, la mera *apariencia* del objeto. La posibilidad de un juicio erróneo en torno a lo que presencian los sentidos se tradujo, en manos de Montaigne, en la existencia de otro tipo de realidad más allá de la de los objetos exteriores. En suma, esta realidad de apariencias se restringió al ámbito del conocimiento, esto es, a la relación que media entre el sujeto y el objeto en el ámbito teórico. Fue así que surgió la preocupación por estudiar cómo el sujeto se relaciona con la naturaleza, en busca de una respuesta al escéptico.

Es posible, así, afirmar que la modernidad filosófica es hija del escepticismo en dos sentidos distintos, ambos presentes paradigmáticamente en la obra de Descartes. Por un lado, la actitud filosófica de este pensador ante el problema de Montaigne ha tendido a consolidar la idea moderna de que la duda que el escéptico formula es legítima con que pueda ser planteada. Para Descartes, la duda es metodológica en tanto considera que todo conocimiento que pueda ser dudoso no permitirá fundar sobre sí el edificio de la ciencia. Lo que se necesita para garantizar todo saber tanto sensible como racional es, por el contrario, dudar de todo nuestro conocimiento hasta encontrar aquel punto incontestable y autoevidente, sobre el que la duda ya no pueda recaer. Así, se volvió una necesidad históricamente moderna el establecer un proyecto epistemológico que pudiera darle una respuesta directa al escéptico.⁵

A su vez, Descartes consideró que esta respuesta directa al escéptico, si efectivamente debía concederle la legitimidad de la duda radical que este había propuesto, no podía menos de ser una respuesta que fundara *todo* el conocimiento. Descartes legó a la filosofía, a partir de su famosa analogía de la distribución de las ciencias en un árbol fundado en la metafísica, la idea de que era posible llevar a cabo un proyecto fundacionalista que diera un contenido preciso a la racionalidad humana, en tanto acto cognoscitivo por excelencia (el cogito), al mismo tiempo que hiciera claro en qué medida y con qué garantía se puede afirmar una objetividad trascendente al sujeto. Estos dos elementos son centrales para entender cómo el escepticismo fue respondido de Descartes en adelante. Pero los aportes de este filósofo no se agotan en esta actitud frente al escéptico. Las tesis positivas que desarrolló constituyen un modelo imprescindible para la posterior apropiación y construcción lockeana de una epistemología como Espejo de la Naturaleza, en particular en lo referente al innovador análisis cartesiano de la sustancia pensante.

El modo en que Descartes elaboró su respuesta al problema de la apariencia ilusoria es característica de qué tanto él mismo se sintió convencido por esa duda. Para él, la única manera de

⁴ Descartes, R. (2009). *Meditaciones Metafísicas*, Buenos Aires: Prometeo Libros.

⁵ Donde *directa* es una respuesta que le concede al escéptico la legitimidad de su duda, sin importar su radicalidad.

alcanzar una respuesta que detuviera la duda radical era descubrir si de hecho podría conocerse *algo* real y existente, o bien si todo no podría ser nada más que una ilusión. Esta concepción del peso de la duda escéptica lo llevó a tener que encontrar un ámbito de la realidad que le fuera indubitable al conocedor, en el sentido de que la duda misma no pudiera formularse. La idea de Descartes, si atendemos a lo arriba expuesto, fue coincidir con el escéptico en que cualquier duda que pudiera plantearse debía ser contestada, señalándole empero que existen dudas que *no pueden* plantearse. En la inmediatez del *yo* para consigo mismo fue que este filósofo encontró ese ámbito privilegiado. Pero en el proceso de tal hallazgo, Descartes se encontró con que el ámbito que buscaba debía ser distinto de la naturaleza exterior, material. Así, el problema de la apariencia engañosa no podía ser resuelto ateniéndose a nada que no se encontrara ya en la inmanencia de esa intuición inmediata del *cogito*. Dicho problema pareció poder solucionarse sólo sobre la base de la invención de la *mente* moderna, en tanto espacio interior indubitable.

Este espacio de inmanencia, empero, debía contener algún vínculo con el mundo exterior si era posible que el meditador saliera de sí mismo y estuviera cierto de la existencia de realidad externa alguna. Fue así que Descartes emprendió el estudio del contenido de esa interioridad descubierta, al cabo del cual se encontró con la existencia de ciertas entidades que podían cumplir el rol de vincularlo con la naturaleza exterior. Es en esta búsqueda que Descartes encuentra sus *ideas* de las cosas de manera inmediata e indubitable. Estas 'ideas' cartesianas se nos presentan como un término técnico-filosófico innovador, introducido con la finalidad de poder escapar al solipsismo, a partir de una concepción representacionalista acerca de ellas. Descartes instauro esta concepción cuando afirma que las ideas son "como imágenes de los objetos externos" (2009: 59). Este representacionalismo, en conjunción con el principio de causalidad, le permite al meditador conocer al menos una existencia que está más allá de sí mismo, la existencia divina. Es así que es posible reconducir la inmanencia a una trascendencia, a partir de la cual será posible (probada su bondad) fundar la ciencia de las esencias de los objetos de la razón, tal como se demuestra en la Quinta Meditación.

Pero a pesar de este logro, debido a la radicalidad de la duda autoimpuesta por Descartes, este autor se encuentra con que la relación representacional sola no le permite aun acceder nuevamente al conocimiento de la naturaleza material, en tanto el argumento de la apariencia ilusoria no ha sido respondido. Las ideas adventicias se presentan como el único medio para acceder a esa naturaleza, pero su carácter representacional solo no es suficiente para garantizar la relación cognoscitiva que se pretende plantear con ella. Debido a esto, Descartes propone extender su uso previo del principio de causalidad, sosteniendo que éste constituye el otro tipo de relación por el que las ideas adventicias se vinculan con la naturaleza externa. La utilidad de este segundo tipo de relación es que permite despejar la duda que recae sobre los objetos externos, siendo que es posible con él explicar la génesis de las ideas adventicias a partir de éstos últimos, y con ello su legitimidad. El razonamiento de Descartes es claro en este punto. Si el argumento de la apariencia engañosa cuestiona en qué medida mis juicios acerca de cómo me represento las cosas son similares a cómo las cosas *son* en realidad, es posible determinar esa similitud si se afirma que las ideas representan con fidelidad a aquellos objetos que las han generado causalmente.

Para probar esta última afirmación, Descartes hace uso de la bondad de un Dios que no permitiría que mi juicio estuviera constantemente errado respecto de lo que los sentidos me presentan, contrariamente a lo que el escéptico me propone. Lo característico de esta solución, que será precisamente el punto rechazado por Locke, es que no intenta justificar aquel supuesto sobre la base del estudio de la relación causal entre objeto e idea correspondiente, sino por medio de un garante externo a esa relación que fundamenta el conocimiento que se tenga de la naturaleza. El proyecto fundacionalista de Locke no será otra cosa que el intento de defender aquella afirmación sobre la base de una investigación de estos dos mecanismos que caracterizan al origen de las ideas adventicias.

Por último, es importante notar aquí que en este movimiento filosófico, Descartes se vio llevado a yuxtaponer dos procesos cualitativamente distintos en la noción de 'idea' que transmitió a la posteridad. Así, el representacionalismo que le adscribió a las ideas sólo resulta de utilidad fundacionalista una vez que éste tiene su base en la conexión genético-causal con la naturaleza. Si los objetos no causan las ideas, no hay forma de garantizar que aquellas que los representan no estén representando más que una ilusión. Esta combinación de un representacionalismo epistémico con la génesis causal de las ideas será el elemento central en la reestructuración lockeana del problema del conocimiento en términos empiristas. Pero, como se dijo recién, el rechazo de una garantía divina en torno a la precisión de las representaciones llevó a tener que estudiar cómo esta yuxtaposición entre representacionalismo y causalidad puede legitimar el conocimiento de la naturaleza. El aporte de Locke al *Espejo de la Naturaleza* fue precisamente el haber provisto de aquel estudio sobre la base de su empirismo.

Es a partir de lo dicho que se puede afirmar que, de las dos tradiciones precedentes, Locke heredó un problema escéptico y un conjunto de conceptos técnicos que le permitían hacer frente a ese problema. Si a esta herencia se le añade el principio empirista que caracteriza a la tradición de la que este autor forma parte, entonces es posible comprender cómo se constituyó el *Espejo de la Naturaleza* en tanto proyecto central de la filosofía y marco conceptual teórico que permite fundamentar todo saber humano ulterior, dando asimismo una respuesta al escepticismo. A continuación, se expondrá cómo dicho principio juega un papel central tanto en la recepción lockeana del problema escéptico, como en su apropiación del concepto de 'idea' cartesiano, con la intención de mostrar la manera en que Locke concibió su investigación del Entendimiento humano a partir del modelo de la mente de Descartes.

> III

Si se tienen en cuenta el rechazo por parte de Locke de la garantía divina, pero su apropiación de la noción cartesiana de 'idea' como piedra de toque del proyecto fundacionalista, el principio empirista adquiere un nuevo rol en la discusión filosófica. Si teóricamente este principio afirma que todo el material de la mente surge a partir los sentidos, metateóricamente la afirmación del mismo en el siglo XVII puede pensarse como la defensa de que el fundamento del conocimiento de la naturaleza externa no puede basarse en nada por fuera de ella. El debate acerca

de la existencia o no de ideas innatas, una vez aceptado el representacionista de Descartes y su proyecto fundamentalista, puede pensarse así no como el debate acerca de *qué* fundamento se busca para el conocimiento de la naturaleza (en tanto para ambas partes serán las *ideas*), sino sobre qué estará basado tal fundamento, si en la razón, en Dios o en la naturaleza misma. Se puede afirmar que el empirismo de Locke elige la última de estas opciones, mientras que Descartes debe tomar una postura intermedia, sosteniéndose tanto en el cogito como en la existencia y bondad de Dios.⁶

En la postura filosófica de Locke encontramos, en primer lugar, que su actitud ante el escepticismo diverge de la de Descartes. Lo que el problema de la “apariencia engañosa” le presentaba a Locke era el imperativo teórico de poder distinguir de manera nítida entre dos tipos de candidatos al conocimiento, aquellos en que el contenido de ese conocimiento refería fielmente a un objeto efectivamente existente, de los que no lo hacían. En este sentido, es posible afirmar que Locke interpretó de manera menos robusta que Descartes la tesis escéptica. Si para el segundo de ellos, del hecho mismo de poder dudar de nuestro conocimiento del mundo externo se sigue que éste *en su totalidad* puede ser una ilusión, para Locke tal radicalidad escéptica está fuera de lugar. En su filosofía, no encontramos un fundacionalismo que necesite probar *que* el mundo externo existe, sino uno que permita distinguir *cuándo* estamos en posesión de un conocimiento legítimo del mismo, y especialmente, *cómo* llegamos a él. Esto se debe a que Locke concibe que el escepticismo es una postura teórica en la que se cae debido precisamente a un desconocimiento de las esferas de la realidad a las que puede acceder el conocimiento humano. Así, este filósofo considera que, ante muchas pretensiones de conocimiento distintas (en la esfera de la física, la religión, la metafísica, etc.), la falta de un marco epistemológico común conduce a la duda en todos los terrenos, cuya máxima expresión es el escepticismo moderno.

Este diagnóstico lockeano en torno a cómo surge el escepticismo lo lleva a argumentar que lo que se debe es investigar cuáles son los límites de nuestro conocimiento, como un remedio meta-filosófico a la duda escéptica. La respuesta al escéptico no es sólo *directa* en ese sentido, aceptando aquella problemática que necesite legítima respuesta, sino que busca también proveer de un proyecto de investigación, cuya prosecución permitiría trazar los límites de lo que el ser humano puede conocer con certeza. Dudar más allá de ese punto es simplemente no entender cómo funciona el entendimiento humano, incomprensión que Locke pretende que su filosofía pueda esclarecer.⁷ Pero esta investigación del conocimiento humano requeriría necesariamente de dos desarrollos conceptuales provenientes del cartesianismo. Por ello, ella es inseparable de la concepción de Descartes de lo mental, en tanto Locke desarrolla su noción de Entendimiento sobre la base de ésta.

El proceso por el que Locke reestructura esta concepción cartesiana de lo mental y articula su concepto de Entendimiento se funda en tres características centrales de esta última que son recepcionadas por el empirismo, con vistas al problema del alcance y límite del conocimiento

⁶ No son estas dos, empero, las únicas posturas posibles. En gran parte, la filosofía moderna puede pensarse como un debate metateórico sobre cuál será el terreno común en que se basará el conocimiento de la naturaleza. Incluso para el interior del ‘racionalismo’ o del ‘empirismo’ hay divergencias profundas en este punto, aun cuando a nivel teórico los miembros de una u otra aceptan la tesis común de que existen (o no) ideas innatas.

⁷ Esto puede verse con claridad en los párrafos 6, 7 y 8 del libro I del *Ensayo...*, en donde Locke dice: “Así, los hombres extienden sus investigaciones más allá de su capacidad, [...] y no es maravilla que susciten cuestiones y multipliquen disputas, que, no alcanzando jamás una solución clara, sólo sirven para prolongar y aumentar sus dudas y para confirmarlos, en última, en un perfecto escepticismo” (Locke, 1999: 20-21).

humano. En primer lugar, Locke recepciona el carácter de *inmediatez* que presenta la mente cartesiana respecto de los elementos inmanentes con los que ella se relaciona, y que la constituyen. En la concepción que Locke propone, esta inmediatez es el acto central del Entendimiento, entendido como el tener conciencia de las propias ideas. “*Ser consciente*” significa, a partir de Locke y para toda la tradición empirista, el estar en relación con un cierto tipo de entidad que le es inmediata a la mente. El percatarse de sus ideas es el primer acto reflexivo del Entendimiento, y es en lo que consiste la percepción. Locke llega incluso a decir, en esta línea, que ‘percibir’ no es otra cosa que ‘pensar’, en tanto ambas se reducen a que la mente tenga ante sí una idea.⁸ A esta postura, que coloca siempre un intermediario epistémicamente confiable entre la mente y el objeto exterior como consecuencia del temor cartesiano a la posible falsedad del segundo, es a lo que Rorty denomina el Ojo interior. Éste se identifica con la afirmación de Descartes, que según Rorty es propia de toda la filosofía moderna, de que no hay nada que la mente conozca mejor que a ella misma. Esto le permite a Locke concebir que el proyecto de fundamentar el conocimiento debe partir de la base segura que tiene ante sí la mente al analizar sus propias ideas.

Ahora bien, si las ideas son lo más inmediato a la mente y aquello que ella debe investigar, éstas deben tener alguna relación con los objetos externos si es que a partir de su análisis se podrá alcanzar el conocimiento del mundo exterior. En este punto, Locke hace uso del representacionismo cartesiano, afirmando que las ideas que la mente percibe tener constituyen una imitación de los objetos que son trascendentes a ella. Existe así un primer mecanismo por el que la mente se relaciona con lo que es exterior a ella, y éste es aquel que hace de ella un *espejo* de lo que se le opone, la naturaleza. Este es el mecanismo por el que la mente es capaz de producir aquello que se llama conocimiento. Son las ideas las que le permiten al Ojo interior desarrollar todo el andamiaje de la ciencia, en tanto ella no es otra cosa que el refinamiento del espejo. Para Rorty, esta es nuestra Esencia de Vidrio, la que constituye nuestra racionalidad, en tanto sujetos capaces de conocer. Un conocer, empero, que se identifica con el acto de reflejar algo exterior a nosotros mismos. Según esta concepción, el desarrollo de la ciencia se vincularía con el proyecto epistemológico en el sentido de que aquel desarrollo permitiría adquirir mejores y más precisas ideas que reflejen cómo es la naturaleza.

Sin embargo, a estos dos elementos se debe añadir aquel que hace posible que pueda realizarse propiamente una investigación de la justificación del conocimiento humano. Si el representacionismo permite catalogar al conocimiento como *reflejo* del mundo externo, es necesario también que exista un segundo mecanismo que permita determinar *cuándo* se está ante un buen reflejo del mismo y cuándo no. De lo que carece la investigación del Entendimiento en este punto es de la capacidad de proveer una garantía de ciertas ideas en sus pretensiones de constituir conocimiento de la naturaleza. Éste es, en esencia, el problema que le presenta el escepticismo a Locke, el tener que diferenciar entre representaciones pobres de la naturaleza, engañosas e ilusorias, de aquellas que la representan de manera precisa. Este segundo mecanismo, que permite *justificar* un conocimiento como reflejo más que algún otro, es el ya mencionado modelo causal

⁸ Esto genera el problema de una ambigüedad excesiva del concepto de *percepción*, tan central al empirismo. Pero ella es el resultado del intento por parte del empirismo de vincular a la mente con el mundo externo por medio de la conjunción del modelo causal con el representacionismo cartesiano, como se verá a continuación. En rigor, en la filosofía de Locke, la mente nunca percibe un *objeto*, sino que percibe siempre una idea, la cual se vincula causal y representacionalmente a un objeto.

de la génesis de las ideas. Si las ideas, además de representar objetos, tienen un origen causal a partir de ellos, entonces el vínculo que las relaciona con estos adquiere un nuevo componente.

Como se desarrollará en la sección siguiente, este mecanismo causal es el responsable para el empirismo de que sea posible hablar de un conocimiento correcto o verdadero, en contraposición a uno que sólo aparenta ser tal. Es el tipo de relación que mantienen las ideas con los objetos que las causaron aquello que permite que algunas ideas sean aptas para reflejar con precisión a la naturaleza.⁹ Fue a partir de la coordinación de estos diversos elementos, en suma a la postura metateórica que implica el principio empirista, que Locke fue capaz de dar sentido a la idea de una investigación del Entendimiento humano que tuviera como finalidad el poder dar un marco general tanto de la esencia del conocimiento como de su legitimidad. Esto fue posible, además, una vez que se comenzó a pensar al Entendimiento a partir del modelo cartesiano de la inmediatez, el reflejo y la relación causal con el mundo exterior.

Una vez desarrollados los elementos principales en la constitución del Espejo de la Naturaleza, en lo que queda del trabajo se analizará el problema de la prioridad epistémica dada por Locke a las ideas en tanto vehículo del conocimiento. Si en el párrafo precedente se afirmó que nuestra Esencia de Vidrio consiste en la capacidad de la mente humana de reflejar la naturaleza, y que ésta es la marca esencial del conocimiento, es necesario señalar que esta 'capacidad' tiene como *premisa* la prioridad epistémica de las ideas por sobre las proposiciones. El hecho de que Locke haya otorgado tal prioridad es lo que posibilitó que considerara al conocimiento en términos de la precisión mimética de las ideas que tenemos respecto de aquello que queremos conocer. Y esto, a su vez, dio lugar a la asimilación conceptual entre el origen de nuestras ideas y su justificación epistémica.

> IV

Alcanzado este punto, es posible pasar a considerar ahora la postura de Locke sobre la relación entre las proposiciones y las ideas, en torno específicamente a cómo las primeras fundamentan su valor epistémico en las segundas. Este punto es central, en la medida en que el hecho mismo de lo que constituye nuestra capacidad de reflejar la naturaleza todavía no se ha librado de la duda escéptica. Aun con los elementos expuestos en la sección precedente, todavía permanece la posibilidad de que el sujeto refleje de manera incorrecta a la naturaleza, careciendo así de un fundamento firme del conocimiento de ella. El que seamos un espejo del mundo externo no garantiza que lo reflejemos con ningún grado de *fidelidad*. Para solucionar definitivamente este problema, Locke propone una jerarquización del conocimiento proposicional, que es primariamente lingüístico y con el que se construye el edificio de la ciencia, a partir de una instancia *anterior* epistémicamente, de la que aquel tomaría su validez. Esta jerarquía es la que le permite a la modernidad afirmar nuestra Esencia de Vidrio, en tanto ella tiene su punto de apoyo en el carácter privilegiado de ciertas ideas en su relación mimética con el mundo. Empero, ella no

⁹ Aun cuando esta inclinación estaba ya en Descartes. Su limitación en este punto, sin embargo, fue haber priorizado el análisis de la relación entre el cogito y Dios por sobre el estudio de la relación causal entre los objetos externos y sus ideas correspondientes.

constituye una confusión por parte de Locke, sino una decisión teórica acerca de las características de la verdad. Es importante dar cuenta de cómo se estructura la relación epistémica entre estos dos tipos de entidades si se quiere llegar a entender por qué la modernidad llegó a pensar aquello que Rorty le critica, a saber, el que una investigación del origen del conocimiento puede asimilarse con la justificación de ese conocimiento.

Un primer punto relevante para dilucidar esta cuestión se encuentra en las afirmaciones de Locke acerca de la costumbre de llamar ‘verdaderas’ o ‘falsas’ a las ideas. Sobre ello, este filósofo afirma que éste no es más que un uso desviado del término *idea*, ya que en rigor sólo las proposiciones son portadoras de verdad. La verdad o falsedad sólo pueden, desde esta perspectiva, ser adscritas a proposiciones, sean estas verbales o mentales, expresas o tácitas. En este sentido, Locke se hace eco de las afirmaciones de Descartes en su tercera meditación, en donde éste último afirma que la idea de una quimera no es, tomada en sí misma y *sin referencia a aquello que representa*, más o menos verdadera que la de un hombre. Sobre ello Locke dice,

Como nuestras ideas no son sino meras apariencias o percepciones en nuestra mente, no más se puede con propiedad y llaneza decir de ellas que son verdaderas o falsas, que pueda decirse de un mero nombre de alguna cosa, que es verdadero o falso. [...] Cuando se dice de las ideas mismas que son verdaderas o falsas, todavía hay una secreta o tácita proposición que es el fundamento de esa manera de decir (Locke, 1999: 369).

Empero, es debido a esta influencia cartesiana que Locke será capaz de articular la Esencia de Vidrio sobre el fundamento de las ideas. La manera en que se desarrolla esta articulación en el empirismo lockeano es a partir de la relevancia especial que aquí adquiere el concepto de “proposición tácita”. Si para Locke, las ideas no son verdaderas ni falsas sin una relación con algo externo, es el *acto* mismo de referirlas a aquello externo lo que les otorga todo su valor como piedra de toque del conocimiento. Esta tesis le permite colocar en un plano específicamente epistémico la noción de *referencia*, una vez que ésta es entendida como *conformidad* con aquello a lo que la idea refiere.¹⁰ Dicho de otro modo, el acto de referir una idea a lo que representa se entiende como el acto de *juzgar* su conformidad con aquella entidad externa. Así, se establece un vínculo entre las ideas como meras “percepciones de la mente” y su aptitud para fundar el conocimiento proposicional. Las llamadas “proposiciones tácitas” son concebidas por Locke como proposiciones *mentales*, privilegiadas respecto al resto de las proposiciones, en tanto ellas mantienen una relación peculiar con la naturaleza, por el modo en que se estructuran internamente.

Lo que Locke intenta aquí es vincular las proposiciones acerca de la naturaleza por medio de las ideas que adquirimos por contacto con ella. Para ello, propone un tipo particular de proposición, la cual le permite relacionar ambos tipos de entidad a partir de la noción de *composicionalidad*. Es este el segundo punto del análisis de Locke que resulta esclarecedor. Según él, estas proposiciones tácitas se caracterizan porque sus componentes básicos no son lingüísticos, sino entidades mentales: las ideas. Es ésta una de las tesis fundamentales del empirismo lockeano en lo que

¹⁰ Véase sobre este punto el párrafo 4 del capítulo XXXII, sección II, en donde Locke afirma que “en semejante referencia, la mente hace una suposición tácita acerca de su conformidad [la de las ideas] con aquella cosa [lo referido]; la cual suposición, según sea verdadera o falsa, así serán denominadas las ideas mismas” (1999).

respecta al Espejo de la Naturaleza. Locke pretende hacer del peculiar carácter composicional de estas proposiciones el modelo de la esencia del conocimiento humano. Si lo que el proyecto epistemológico caracterizado anteriormente permitía era hacer converger la justificación del conocimiento humano con el origen causal de ciertas entidades inmediatas al Ojo interior, las proposiciones mentales tienen como función hacer deseable esta convergencia sobre la base de entablar un vínculo específico entre la noción de *fundamentación causal* y la de *verdad por correspondencia o conformidad*.

Siguiendo esta línea, es posible afirmar que lo que Locke halló fue una complementariedad entre ideas y proposiciones como vehículos posibles de conocimiento. Las ideas, capaces de representar algo exterior a ellas mismas y estando fundadas causalmente en ello, no pueden ser verdaderas en sí a menos que sean referidas a algo distinto de ellas; las proposiciones acerca de la naturaleza, por su parte, aun cuando son capaces de ser portadoras de verdad, se le presentan a los pensadores de la modernidad como necesitando de una garantía en torno a lo que afirmaban, debido a la duda escéptica que recae sobre ellas. El descubrimiento filosófico del empirismo lockeano fue que estas dos deficiencias podían resolverse mutuamente en la medida en que se hicieran converger estas características en un solo tipo de entidad. Lo que Locke resolvió ante esta situación fue hacer de cierto tipo de proposiciones, aquellas que consisten enteramente en referir las ideas a aquello que las *causó*, el arquetipo de todo conocimiento, en tanto ellas podían reflejar la naturaleza con precisión, a la vez de estar libres de la duda escéptica en base a su origen causal.

Es debido a este razonamiento que adquirió tanta relevancia para el empirismo el poder establecer la manera en que las ideas llegan a formarse en la mente, en tanto ellas se les presentaban como la única entidad que permite hacer comprensible cómo las proposiciones de la ciencia pueden estar libres de los argumentos escépticos acerca del conocimiento sensible. La composicionalidad es un elemento inseparable para la conformación de una noción filosóficamente robusta de *verdad por correspondencia*, si es que esta noción no sólo ha de dar cuenta de la relación representacional entre lenguaje y mundo, sino garantizarla por medio de otro mecanismo. Como se verá en lo que sigue, este otro mecanismo estará basado en el elemento restante legado por el cartesianismo, la relación causal entre la naturaleza externa y la mente.

Es debido a esto último que el desarrollo de la concepción empirista del conocimiento necesita de un punto adicional en su articulación de nuestra Esencia de Vidrio. Si la verdad de las ideas es entendida como conformidad por medio de la referencia, cabe indagar todavía en qué sentido ellas están *fundamentadas* por su génesis causal. Locke se encargó de tratar este punto a propósito de una clasificación en torno a las características de las ideas del Entendimiento. Él afirma que las ideas, si bien no son verdaderas ni falsas tomadas en sí mismas, sí pueden ser descritas con propiedad como reales o fantásticas, por un lado, y adecuadas o inadecuadas, por el otro. Esta distinción pretende diferenciar a las ideas que, según él, están *fundadas en la naturaleza de las cosas*, de aquellas que no lo están. Esta descripción del propio Locke es esencial para comprender el proyecto epistemológico como un fundacionalismo estricto. La postura de Locke es, por ello, muy explícita al respecto. La respuesta se encuentra en el origen causal específico que adscribe a las ideas en su relación con el tipo de *impresión* que las produce.

Al desarrollar su modelo causal, Locke afirma que el origen de las ideas en la mente se produce por medio de las impresiones de los objetos externos sobre los órganos de nuestros sentidos. Y debido a su adopción del principio empirista de que todo el material de nuestro pensamiento surge de nuestros sentidos, éste es el único modo de que la mente puede adquirir nuevas ideas, exceptuando aquellas ideas que la mente compone a partir de ideas provenientes de los sentidos. Para poder hacer clara esta distinción, Locke afirma la existencia tanto de impresiones simples como complejas, con sus correspondientes tipos de ideas, también simples y complejas. Pero la diferencia fundamental entre estos dos tipos de ideas *no* es su origen causal, como podría parecer, en tanto el ser humano puede recibir tanto impresiones simples como complejas, esto es, recibir por los sentidos ambos tipos de ideas. El valor epistémico central de la distinción simple/complejo en el marco del problema de la fundamentación del conocimiento es que *todas* las primeras, y *ninguna* de las segundas, tienen garantizada su referencia y similitud exacta a aquel objeto externo que las causó. Es ello a lo que hace alusión Locke cuando afirma que todas las ideas simples son reales, refiriendo necesariamente a una existencia exterior al sujeto, y adecuadas, siendo fieles representaciones de esa existencia. En este sentido, ellas constituyen la respuesta lockeana al problema de la apariencia engañosa, el cual cuestionaba precisamente estos dos puntos. Pero para entender a partir de qué razonamiento Locke concluye que las ideas simples deben poseer estas propiedades (ser reales y adecuadas), es fundamental profundizar en la explicación de Locke acerca de qué implica que los objetos externos *produzcan* en nosotros ideas por medio de impresiones.

El carácter de esta producción es concebido por el empirismo siguiendo un modelo corpuscularista, en concordancia con los postulados filosóficos en torno a los avances científicos de la época. Así, las propiedades del objeto exterior inhiere sobre los sentidos del sujeto por medio del contacto directo de los corpúsculos del medio que se haya entre ellos dos. Siguiendo el modelo visual, las impresiones que el sujeto percibe son producto del modo en que los corpúsculos de la luz impactan sobre los objetos externos y alcanzan posteriormente al ojo; y ellas a su vez originan una idea de la propiedad conforme al modo en que el órgano sensorial fue afectado. Lo relevante de esta explicación es que para darle contenido a la afirmación de que existen ciertas ideas que, debido a este mecanismo genético, tienen una relación privilegiada con los objetos externos que las hace inmunes a la duda escéptica, el empirismo lockeano debió otorgarle un rol central a los conceptos filosóficos de '*potencia*' y '*receptividad*'.

Por el primero de estos términos, Locke entiende la capacidad activa que tienen los objetos externos de imprimir una forma determinada en la tablilla de arcilla¹¹ que constituye nuestra mente. Y esta forma impresa en la mente no es otra cosa que aquellas percepciones que ella tiene inmediatamente ante sí, esto es, sus ideas. La importancia de este concepto reside en que para Locke, esta potencia propia de los objetos externos tiene como complemento la receptividad total del sujeto que la experimenta. En la argumentación de Locke, que el sujeto sea absolutamente receptivo respecto de aquella potencia externa implica que las ideas que tenga de ella no estarán modificadas por acción del sujeto que las perciba. Dicho de otro modo, la forma en

11 En la filosofía de Locke, la idea de la mente como arcilla adquirió un estatuto mucho mayor que el de una metáfora, en tanto no sólo hace referencia al carácter adventicio de todas nuestras ideas (contra la tesis innatista) sino que cumple un rol filosófico central, cuando se la entiende en relación con la noción de 'potencia', como se argumenta en lo que sigue. A este respecto, véase también Rorty (1995: 138-140) en donde se evalúa la importancia de esta metáfora respecto del tipo de conocimiento que Locke prioriza.

que es posible fundar una idea en la naturaleza, solucionando así el problema de la apariencia engañosa, es encontrar una idea cuya constitución no sea más que el resultado de la potencia del objeto sobre el sujeto. Lo que este tipo de idea le permite a Locke es garantizar que existe un tipo de entidad cuya apariencia se reduce a ser una fiel imagen de una existencia externa. Si el sujeto es completamente pasivo en la generación de ciertas ideas, y su mente es similar a una tablilla sobre la que las impresiones dejan una marca *mimética* del objeto que las causó, entonces esas ideas constituyen la piedra de toque del conocimiento, en tanto son inmunes a la duda de la apariencia engañosa. Ellas no pueden aparentar ser algo que no son, puesto que en su producción sólo intervino la potencia del objeto externo y la maleabilidad propia de la mente humana.

Fue la argumentación precedente la que llevó a que Locke necesitara postular un tipo de idea que se acomodara a estos requisitos fundacionalistas. El tipo de idea en cuestión debía poder ser provocada solamente por la potencia de los objetos externos, y referir a ésta de manera directa. Y es precisamente éste el valor epistémico que tienen las ideas *simples* en el empirismo de Locke. En tanto una idea simple de color, por ejemplo, puede ser producida en su totalidad sólo por el contacto con un objeto que tenga la potencia de generarla, y nunca por la participación de la imaginación de un sujeto, en ese sentido ella debe representar algo realmente existente externo al sujeto.¹² Debido a que en la génesis de esta idea no concurrió nada más allá de la potencia del objeto externo, la percepción simple ante el Ojo interior debe ser una representación fiel de la potencia real de aquel objeto.¹³ De este modo, Locke logra superar los dos rasgos centrales de la duda escéptica, en tanto cuestionamiento de la existencia de los objetos representados por las ideas, como de la fidelidad de estas representaciones.

Resumiendo lo dicho, las ideas simples son caracterizadas como reales y adecuadas en base a la pasividad en la recepción de las mismas por parte del sujeto, la actuación exclusiva de las potencias de los objetos externos, y la maleabilidad de la mente ante ellos. Por este mecanismo causal es que ellas están *fundadas en la naturaleza*. Es este uno de los aportes más significativos de Locke al Espejo de la Naturaleza, la constatación de que el mecanismo causal que hace de las ideas fundamento del conocimiento debe apelar a la simplicidad de las ideas, así como a la receptividad del sujeto respecto de ellas. Por ello, estas ideas simples son las representaciones privilegiadas que componen las proposiciones mentales, permitiéndoles adquirir la garantía requerida para fundar todo el conocimiento humano. Se da pleno sentido, así, al proyecto epistemológico que jerarquiza la instancia lingüística a la mental, en busca de una entidad garante de la legitimidad del conocimiento. La modernidad, como se señaló, consideró que estas tres propiedades de las ideas eran las únicas que permitirían fundamentar el conocimiento, y la

12 Esto puede ser cuestionado, ya que supone que la principal causa que motiva el problema escéptico sería, en este punto, la actividad voluntaria del sujeto. Sin embargo, aquí Locke parece estar siguiendo el análisis de Descartes, quien en la Tercera y en la Sexta de sus meditaciones señaló como nota central de las ideas de los objetos externos el que ellas se presentan a pesar de la voluntad del sujeto. Este tipo de ideas se opondría, así, a las imaginaciones o ficciones que la mente puede producir a voluntad, las cuales darían lugar a la duda escéptica en torno a cómo distinguir unas de las otras. La argumentación de Locke está aquí orientada a evitar esa duda a partir de la pasividad del sujeto y la maleabilidad de la mente.

13 El argumento de Locke no implica, sin embargo, aceptar un realismo en torno a las llamadas "cualidades secundarias". Debido a que este autor acepta la distinción de Galileo arriba mencionada, para él las cualidades de las cosas mismas son sólo la extensión, la figura, el volumen, etc. Sin embargo, las ideas simples de color, no más que las de figura, son reales y adecuadas. Esto se explica porque para Locke, lo que esas ideas refieren e imitan es a las *potencias* de los objetos que la mente se representa como colores, sabores, etc. Locke afirma no distinguir en este punto entre la referencia a una propiedad de los objetos como existiendo en los objetos (i.e. figura) o teniendo su causa a partir de ellos (i.e. color). Todas las ideas simples son igualmente reales *en este sentido*, logrando con ello hacer compatible la afirmación de Locke de que el calor no está en el fuego con aquella de que la idea del calor refiere a una existencia externa al sujeto. Véase Locke 1999, Libro Segundo, cap. XXXII, especialmente el párrafo 14.

carencia de las mismas por parte de las instancias lingüísticas (proposicionales) fue el motivo central de que se las subordinara a aquellas.

A partir de este análisis, es posible entender cómo el empirismo de Locke coordinó el representacionalismo y el modelo causal cartesiano en un marco más general, en el que es posible darle una respuesta definitiva al escéptico, a la vez que permitirle a la filosofía tener un campo de trabajo propio, el de la investigación de las estructuras del Entendimiento que posibilitan y garantizan el conocimiento de la naturaleza. El resultado natural de aquella coordinación fue lo que Rorty señaló como clave en la conformación del pensamiento filosófico a partir del siglo XVII, la identificación entre la justificación del conocimiento y el origen causal de ese conocimiento. Dicho marco general permitió estructurar la problemática filosófica del conocimiento dentro del dualismo de una mente inmaterial cuya esencia es reflejar una naturaleza trascendente. Todos los elementos aquí analizados fueron reunidos por el empirismo a partir de las problemáticas que su tiempo le presentó y articulados en aquello que Rorty llamó el Espejo de la Naturaleza. Y, como se ha mostrado en lo precedente, la constitución de este Espejo es inseparable del privilegio dado por Locke a cierto tipo de idea, la cual cumple el rol de piedra de toque de todo conocimiento, una vez que la noción de referencia se entiende como *conformidad* y la de simplicidad como reflejo *prístino*.

> V

Es a partir de este desarrollo de la relación entre proposiciones e ideas que Locke pudo dar forma al proyecto de una investigación del Entendimiento humano que diera cuenta de las aptitudes y los límites legítimos del conocimiento humano. La constitución de este modelo llevó aparejado un conjunto de términos técnicos que fueron heredados por la modernidad, en tanto ellos caracterizaban cómo el pensamiento occidental pretendía dar respuesta al proceso que había dado lugar al escepticismo moderno y al desarrollo de la nueva ciencia de la naturaleza. Si es posible afirmar que Montaigne y Galileo fueron los que suscitaron esta necesidad, Descartes y Locke fueron los pensadores que dieron lugar a un análisis detallado de las condiciones del problema, como del marco técnico-conceptual en que para ellos debía ser resuelto. En este sentido, si se tienen en cuenta los elementos expuestos en el presente trabajo, aun con los cambios que pudo recibir con posterioridad el proyecto epistemológico de la modernidad, el Espejo de la Naturaleza constituyó el marco general por el que se pensó la objetividad y la racionalidad humana en los siglos siguientes y, como señaló Rorty, llegando plenamente al siglo XX.¹⁴

Los aportes de Locke a la epistemología como disciplina exclusivamente filosófica se basan en haber coordinado de manera sistemática los distintos elementos introducidos por Descartes, así como por haber propuesto un sentido de *fundamentación* sobre la base de las nociones

¹⁴ No hay que olvidar que para Rorty, la temprana filosofía analítica (Russell), la fenomenología (Husserl) y las perspectivas 'impuras' de filosofía del lenguaje o de la mente (entre otros, el realismo del primer Putnam), permanecen atadas a este proyecto moderno, componiendo nuevas respuestas al mismo problema general que sustenta ese marco. Todas ellas comparten, así, la creencia en que es necesaria una fundamentación y justificación del conocimiento en términos de una investigación epistemológica *a priori* de cómo funciona el entendimiento humano o la 'conciencia', en su relación con el 'mundo exterior'.

de simplicidad, conformidad y receptividad. Fue por estos aportes que la filosofía de Locke pudo conferir a todos estos elementos una articulación innovadora, en tanto logró convertir la introspección cartesiana de la mente en una investigación epistemológica general en torno a los mecanismos que regulan el Entendimiento humano. Esto fue posible a su vez por el énfasis puesto en los elementos cartesianos de la inmediatez, el carácter representacional de la mente, y el origen causal de las ideas como características esenciales del Entendimiento. En este sentido, este trabajo se ha propuesto mostrar las raíces históricas de la constitución de la mente como espejo, cristalizadas en el Ojo interior y en nuestra Esencia de Vidrio, conceptos con los que Rorty mostró los supuestos y estructuras del Espejo de la Naturaleza como marco dominante de la reflexión filosófica moderna.

En suma a esto, se intentó analizar con profundidad los argumentos filosóficos de fondo que llevaron a Locke a conceder la prioridad epistémica primaria a las ideas como entidades portadoras de conocimiento. Dicha prioridad se mostró como un punto central en la constitución el Espejo, en tanto sin ella no era posible responderle al escéptico en los términos que la modernidad consideró que era necesario. Este análisis, aun cuando suscribe a las tesis rortyanas en torno a la conformación histórica de la epistemología como proyecto filosófico, señala la necesidad de atender a la relación que Locke estableció entre las proposiciones y las ideas. El estudio de esta relación conlleva a una mayor comprensión de cómo ella es articulada como premisa para la defensa de nuestra Esencia de Vidrio, en tanto permite fundar el saber sobre los objetos externos en ellos mismos. Así, es importante remarcar como conclusión la importancia que tiene desde la modernidad la relación que media entre el ámbito lingüístico y el ámbito de lo mental, particularmente en tanto para la epistemología heredada de Descartes y Locke la garantía del conocimiento supone afirmar una distinción tajante entre ambas, en donde la garantía epistémica de la primera debe estar supeditada a un análisis e investigación de los mecanismos que rigen la segunda. Fueron las propiedades que se le adscribieron a lo mental las responsables de que se haya presentado como única alternativa, para la filosofía, el estudiar la estructura proposicional de nuestro conocimiento en términos de la relación entre la mente y sus ideas, en tanto para la modernidad ellas son las piezas simples de que se compone en última instancia toda instancia lingüística que pretenda tener valor epistémico.

> Bibliografía

- » Descartes, R. (2009). *Meditaciones Metafísicas*. Traducción de Pablo Pavesi. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- » Locke, J. (1999). *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*. Traducción de Edmundo O'Gorman. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- » Montaigne, M. (1984). *Ensayos Completos*, volumen I. Traducción y notas de Juan G. de Luaces, con notas prologales de Emiliano M. Aguilera. Madrid: Editorial Orbis.
- » Popkin, R. (1983). *La Historia del Escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*. Traducción de Juan José Utrilla. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- » Rorty, R. (1982). *Consequences of Pragmatism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- » Rorty, R. (1991). *Objectivity, Relativism and Truth: Philosophical Papers I*. Cambridge: Cambridge University Press.
- » Rorty, R. (1995). *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza*. Traducción de Jesús Fernández Zulaica. Madrid: Ediciones Cátedra.
- » Rorty, R. (1998). *Truth and Progress: Philosophical papers III*. Cambridge: Cambridge University Press.
- » Williams, M. (1999), *Groundless Belief: An Essay on the Possibility of Epistemology*, 2nd edn. Princeton: Princeton University Press.
- » Williams, M. (2001). *Problems of Knowledge*. Oxford: Oxford University Press.
- » Wittgenstein, L. (1994). *Cuadernos Azul y Marrón*. Traducción de Francisco Gracia Guillén. Barcelona: De Agostini.
- » Wittgenstein, L. (2009). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Traducción de Muñoz, J. & Reguera, I. Madrid: Alianza Editorial.
- » Wittgenstein, L. (2017). *Investigaciones Filosóficas*. Traducción, introducción y notas de Jesús Padilla Gálvez. Barcelona: Trotta.